

pero en suma á ella le toca decidir sobre cuestión tan grave.»

Evidentemente ya tenía abrazado su partido, y conviene decir que era digno de un gran capitán. De todos los pareceres emitidos, ninguno era perfectamente bueno, aun cuando todos contuviesen algo provechoso. Dar batalla por Moscou era una resolución insensata. Batidos hubieran sido los rusos tanto algunas leguas delante como al pie de sus muros, sólo que lo fueran más desastrosamente teniendo apoyadas en la ciudad las espaldas, y sin más medio de retirada que un puente y algunas calles angostas. Para combatir había que barrear lo interior de Moscou y que disputar todas las avenidas, y que comprometer consigo á la población entera, y que sostener pertinazmente la guerra de las calles á imitación de Zaragoza, cuidando de situar la mayor parte del ejército fuera y sobre el camino por donde pensaran seguir la marcha. Percido hubiera la ciudad entre las llamas, porque estaba construída de madera y no de piedra como Zaragoza, pero se inmolaran más contrarios que en Borodino, perdiendo menos gente de la propia, lo cual fuera un inmenso resultado. Para defender á Moscou no había más que este medio (1), que consistía después de todo en destruirla para defenderla; pero nadie había pensado en tal cosa, porque nadie pensaba en su ruina, ni en que ésta se consumara de resultas de entregársela á los franceses. No pudiendo pelear delante de Moscou, no queriendo destruirla para disputarla, el único partido que había que seguir era el de la retirada. Retrogradar sobre Wladimir, como Barclay de Tolly proponía, era llevar este sistema demasiado lejos, aunque no llevado lo bastante por el general Pfuhl al imaginar detenerse en Drisa; era además perder las comunicaciones con el Mediodía del imperio, siendo más rico que el Norte en recursos de todas clases. No había, pues, más proyecto admisible que la retirada sobre la derecha de Moscou (la derecha con relación á nosotros), la cual les ponía sobre las comunicaciones de los franceses y en relación directa con las provincias del Mediodía al par que con el ejército procedente de Turquía. Pero marchar en esta dirección sin demora, según el coronel Toll propuso, era atraerse desde luego encima á los franceses, que contentándose con hacer que ocupara á Moscou un simple destacamento, se precipitarían al punto sobre el ejército ruso para rematarle; era revelarles la índole del sistema de retirada que se iba á adoptar, y que consistía, ahora que ya se había atraído tan lejos á los franceses, en maniobrar sobre sus flancos para acometerlos cuando se les considerara bastante debilitados. Efectivamente, advertidos tan pronto, podían volver en sí á tiempo, fijar bien la atención y correr para abrumar al enemigo que manifestara tales intenciones. Un plan había mejor calculado, y era el de retirarse por dentro de Moscou mismo, y entregarlo como un despojo que se arroja delante del enemigo para ocuparle, y aprovechar el tiempo que inevitablemente consumirían los franceses en apoderarse de esta rica presa, para desfilarse tranquilamente delante de ellos y tomarles de seguida

(1) Tal es la opinión del príncipe Eugenio de Wurtemberg, que en sus *Memorias*, tan ingeniosas como sensatas, ha demostrado perfectamente la posibilidad de este plan, de estar resueltos á sacrificar á Moscou, en lo cual no pensaron nunca.

(N. del A.)

el flanco, girando en torno de Moscou, posición amenazadora, que, según el consejo del coronel Toll, se debía tomar al punto y sin ningún rodeo. Esto era lo que se podía sacar en limpio de todo lo manifestado, y lo que sacó el viejo Kutusoff con profunda prudencia, prudencia fatal para nosotros, pero que no deja de merecer la admiración de la posteridad por funesta que nos fuese.

De consiguiente, decidió que se retirarían en la noche del 13 al 14 de septiembre; que cruzarían por Moscou sin decir palabra, evitando los combates de retaguardia, para que esta gran ciudad, cuya salvación se apetecía y se esperaba lograr entregándola á los franceses, no fuese incendiada por las bombas (2); que después no seguirían el camino de Wladimir, demasiado inclinado hacia el Norte, ni el de Kalouga, demasiado inclinado hacia el Mediodía, y sobre todo muy indicante del secreto pensamiento que se abrigaba, sino un camino intermedio, el de Riazán, desde donde, mediante un ligero rodeo, sería fácil volverse á situar algunos días después en el camino de Kalouga, que era el que verdaderamente había que ocupar más tarde.

Ya adoptada esta resolución, una de las más importantes que se han tomado nunca y uno de los principales títulos de gloria del general Kutusoff, anuncióla con firmeza, por desagradables que fuesen los gritos de las tropas y por más que los arrebatos de la población de Moscou infundiesen recelos.

Necesario era avisar al gobernador Rostopchín, ruso lleno de pasiones salvajes, escondidas bajo costumbres cultas, y lleno sobre todo de un sentimiento estimable, sea cualquiera la forma en que se manifieste, el del patriotismo, aun cuando llegue al extremo del fanatismo. Nos aborrecía bajo todos aspectos, como ruso y como miembro de la aristocracia europea. Su deseo fuera que se sacrificara á la ciudad misma para hacer que murieran veinte ó treinta mil franceses más, y pensaba que, después de quemar tantas aldeas, no había razón alguna plausible para perdonar á Moscou. Si se le ofreciera barrearla y defenderla á todo trance, no vacilara en exponer esta gran ciudad á una destrucción absoluta; pero no habiéndose adoptado ni aun propuesto semejante proyecto por nadie, no podía hablar de él tampoco, y guardóse muy bien de revelar el que meditaba en el fondo de su alma exasperada. Profundamente le habían irritado contra el general Kutusoff las vanas esperanzas con que le había entretenido, y dijo cosas muy amargas; pero no era tiempo de recriminaciones, sino de preparar la evacuación sin demora. En el exceso de su odio no quería que dentro de Moscou quedara un solo ruso para exornar el triunfo de los franceses ni para prestarles servicio alguno ni para proporcionarles la ocasión de ostentar su dulzura á los ojos de los vencidos. Usando de su autoridad de gobernador, intimó á todos los habitantes que salieran inmediatamente de Moscou, llevándose lo que pudiesen, y amenazó con los castigos más severos

(2) Tal es la opinión del general Clausewitz, testigo ocular y convencido de que no pensaban en destruir á Moscou los rusos, y que uno de los motivos de su resolución fué el cuidado de conservar esta ciudad, entregándola por algunos días á los franceses. Esta opinión nos parece demostrada por una porción de circunstancias y de testimonios irrecusables, y por eso la adoptamos como una certidumbre adquirida para la historia.

(N. del A.)

á los que aún no la hubieran abandonado al otro día. A mayor abundamiento se habían propalado tan atroces calumnias sobre la conducta de los franceses, que no se necesitaba de amenazas para obligar á la población á huir á la aproximación de ellos. De consiguiente calculaba entregarles una ciudad muerta y sin moradores. Quería más: quería, sin pesar todas las consecuencias, sin saber cuál sería el resultado, entregarles, en vez de una mansión de delicias, un montón de cenizas sobre el cual nada encontrarán para vivir, y que fuera un testimonio del horrible odio que inspiraban, una declaración de guerra á muerte. Pero revelar tal proyecto equivalía á imposibilitarlo, porque, ¿á quién había de decirlo? De comunicárselo al suave Alejandro, le indignara; de ponerlo en noticia de un general cualquiera, le asustara con el peso de responsabilidad tan enorme; de anunciárselo á los habitantes, les sublevara en contra suya, y se les presentara como cien veces más abominable que los franceses. Por tanto, á nadie habló de lo que meditaba en las profundidades de su alma. Pero, bajo pretexto de hacer fabricar una máquina infernal dirigida contra el ejército enemigo, acumuló muchas materias inflamables en uno de sus jardines, sin que nadie pudiera sospechar el destino que pensaba darlas. Llegado el momento de la partida, y una hora antes de la evacuación, eligió por confidentes, por cómplices, por ejecutores de su proyecto, á aquellos seres infames que nada poseen más que las cárceles, donde sus crímenes les han creado un asilo, y que profesan gusto innato á la destrucción, en suma, á los reos. Les juntó, les puso en libertad, y les encargó prender secretamente fuego á la ciudad tan luego como partiese, y prenderlo sin descanso, sin ruido, afirmandoles que esta vez, destrozando á su patria, la servían y obedecerían á sus voluntades. No se necesitaban grandes estímulos para excitar á aquellas naturalezas perversas á obrar de semejante modo, porque el hombre entregado á sí mismo goza en destruir, parecido bajo este aspecto á aquellos animales que de domésticos se vuelven á hacer muy pronto silvestres tan luego como la educación deja un instante de suavizar sus inclinaciones. Algunos soldados de la policía les agregó para dirigirlos en esta cruel tarea. Dadas tales órdenes y temeroso el conde de Rostopchín de dejar en manos de los franceses los medios de atajar el incendio, medios muy perfeccionados en las ciudades construídas de madera, dispuso enviar por delante todas las bombas. En el instante de abrir las cárceles á los reos, hizo que dos fueran conducidos á su presencia, uno francés y otro ruso, acusados de haber puesto en circulación los boletines del enemigo. Al francés, que era uno de los expatriados que buscan su subsistencia en el extranjero y que la había hallado en Rusia, le dijo: «Tú, tú eres ingrato, pero al cabo es natural el sentimiento que ha inspirado tu conducta; recobra tu libertad y ve á unirte á tus compatriotas, y cuéntales cuanto has visto. — Tú, dijo al ruso, tú eres un malvado, un parricida, y vas á expiar tu crimen.» Y dicho esto, le hizo acuchillar ante sus ojos. Después de esta ejecución sangrienta salió de Moscou el 14 por la mañana detrás del ejército, no llevando nada de sus riquezas y consolándose con la idea de la sorpresa horrorosa que dejaba preparada á los franceses. Habiéndole encontrado á la salida de Moscou el coronel Wolzogen con el convoy de las bombas de apa-

gar incendios, y preguntándole con qué objeto se las llevaba, obtuvo por única respuesta: «Tengo mis razones.» Y de seguida el conde de Rostopchín añadió estas palabras sin aparente enlace con la pregunta: «Por lo que á mí hace, nada me llevo de esta ciudad más que el vestido que veis sobre mi cuerpo.» No dijo otra cosa al coronel Wolzogen, que por el momento no cogió la idea (1), si bien la comprendió posteriormente.

Toda la tarde y la noche del 13 y parte de la mañana del 14 gastó en desfilarse por delante de Moscou el



Rostopchín

ejército ruso. Detenido en el puente del Moskowa, único que existía sobre aquel punto, aglomeróse en el arrabal de Drogomilow hasta el extremo de inspirar temores de que vinieran á las manos unos soldados con otros, lo cual hizo formar idea del desastre que se hubieran preparado si ejecutaran aquella travesía por la ciudad

(1) A tenor de las noticias más seguras cuento los hechos anteriores. Una porción de testigos de vista, rusos y alemanes, han referido ya sus recuerdos personales en muy interesantes Memorias, y no es lícito mantener dudas sobre las circunstancias y las causas del incendio de Moscou. Es positivo que nada supo el emperador Alejandro, que el ejército nada supo tampoco, y que el conde de Rostopchín, inspirado por un ardiente odio nacional, único odio perdonable siempre, resolvió por sí solo y sin calcular todas las consecuencias de su resolución, el incendio de la antigua capital moscovita. Más tarde, restituído á mayor sosiego, habitante de Francia, contra la cual había cometido este exceso de furor, rodeado de dudas hasta en su país sobre el mérito de su conducta, vióse confuso y casi negó lo que había hecho; de manera que este acto extraordinario parecería afeado hasta por su autor mismo. Pronto se verán las consecuencias, no militares, sino morales de una acción que á los ojos de la posteridad conservará siempre su salvaje grandeza, cualesquiera que sean las vicisitudes de apreciación que haya sufrido en la opinión de los contemporáneos.

(N. del A.)

después de la pérdida de una batalla. Aumentándose el hacinamiento, adoptaron las tropas el partido de vadear el Moskowa, lo cual puso término al conflicto. No teniendo Kutusoff el valor necesario para sustentar su proceder cuerdo, escondióse al cruzar por Moscou; Barclay de Tolly, al revés, se mantuvo ostensiblemente á caballo al frente de sus soldados. En aquella desdichada ciudad llegaba el desorden al colmo. Ya fueran nobles ó comerciantes, todos los ricos habían ya huído á sus posesiones más lejanas. Sabiendo otros la coacción odiosa que se pretendía ejercer sobre ellos, oyendo hablar también de incendio prendido por los franceses, se decidieron á abandonar sus mansiones con la desesperación en el alma, llevándose á sus familias y lo más precioso que tenían en carruajes, ó sobre sus hombros, que se doblaban con tal peso. Ignorando las gentes del pueblo adónde irían y cómo se mantendrían, lanzaban gemidos horrorosos, y seguían al ejército maquinalmente. Sin embargo, no todos los habitantes de esta ciudad desgraciada habían consentido en la fuga. Algunos, creyendo el sacrificio que se les quería imponer harto costoso, ó sabiendo, más instruidos que sus compatriotas, que los franceses no saqueaban, no incendiaban, no asesinaban, y hasta que raras veces hacían uso de los derechos de la guerra en las ciudades conquistadas, preferían vivir algunos días con los vencedores á huir detrás de un ejército con ignorancia completa sobre su marcha y sus intenciones. Entre estos últimos se contaban muchos negociantes de diversas naciones y especialmente de la nuestra, que nada recelaban de los franceses, al par que temían verse expuestos, siguiendo al ejército de Kutusoff, á todos los excesos de la soldadesca, con la cual se les quería obligar á retirarse. Para estos infelices hubo un momento de emoción horrorosa. De repente supieron el 14 por la mañana que las tropas rusas salían con las autoridades de la ciudad, que tres mil facinerosos escapados de la cárcel se metían en las tiendas, que las gentes del populacho se les habían unido, y que juntos se entregaban á la embriaguez y á la rapiña. Temblando dentro de sus casas estos infelices moradores, aguardaban impacientes que un ejército llegara á ocupar el puesto del otro.

Toda la primera mitad del día 14 transcurrió para ellos en estas crueles perplejidades, atravesando las calles de Moscou lentamente el ejército ruso, y todavía más despacio sus parques, sus bagajes y sobre todo sus heridos. Conociendo el general Miloradowitch, jefe de la retaguardia, que aún necesitaba de algunas horas para llevar la evacuación á remate, imaginó celebrar un convenio verbal con la vanguardia de los franceses, y le hizo proponer que toda hostilidad se suspendiera, así en obsequio de los que iban á hacer la entrada como de los que estaban ejecutando la salida, no sin decir que, si se empeñaba la pelea, su resolución era defenderse á todo trance, y que por tanto la ciudad sería entregada instantáneamente á las llamas. Un oficial fué enviado cerca de Murat para convenir en esta especie de armisticio.

Durante este tiempo el ejército francés avanzaba con veloz paso hacia las alturas, desde donde al fin se esperaba descubrir la gran ciudad de Moscou. Si de parte de los rusos todo era desconsuelo, de parte de los franceses todo era júbilo y orgullo y placenteras ilusiones.

Reducido nuestro ejército á cien mil hombres de los cuatrocientos veinte mil que contaba al paso del Niemen, si bien es verdad que otros cien mil guardaban sus espaldas, extenuado de cansancio, llevando á muchos soldados heridos, que podían andar y quisieron seguirle, sentía disiparse el sentimiento de sus penalidades al acercarse á la brillante capital de la Moscovia. En sus filas había una porción de soldados y de oficiales que habían estado en las pirámides, á orillas del Jordán, en Roma, en Milán, en Madrid, en Viena, en Berlín, y que se estremecían de emoción ante la idea de que también iban á visitar á Moscou, la más poderosa de las metrópolis de Oriente. Sin duda en su satisfacción entraba por mucho la esperanza de encontrar allí reposo, abundancia y la paz verosímilmente; pero también la imaginación, dominadora de los hombres y con especialidad de los soldados, se hallaba muy conmovida por el pensamiento de entrar en Moscou, después de haber visitado todas las demás capitales de Europa, excepto Londres, la protegida de los mares. Mientras el príncipe Eugenio se adelantaba por el camino de Zwenigorod sobre la izquierda del ejército, y el príncipe Poniatowski por el de Wereja sobre la derecha, el grueso de la hueste, con Murat á la cabeza, Davout y Ney en el centro, y detrás la guardia, seguía el camino real de Esmolensko. Desde muy temprano estaba Napoleón á caballo en medio de sus soldados, que, olvidando ante su vista y la aproximación á Moscou muchos días de desabrimientos, prorrumpían en aclamaciones para celebrar la gloria del insigne caudillo y la suya. Hermoso estaba el tiempo, y á pesar del calor se apretaba el paso para trepar á las cumbres, desde donde al cabo se gozaría la vista de aquella capital tan anunciada y tan prometida.

Presentándose el oficial enviado por Miloradowitch, fué perfectamente acogido, obtuvo lo que solicitaba, pues ni remotamente se quería prender fuego á Moscou, y se convino en no disparar un solo tiro, bajo la condición añadida por Napoleón de que, sin detenerse un instante, continuaría desfilando por medio de la ciudad el ejército ruso.

Llegada finalmente la hueste francesa á la cresta de una montaña, descubrió súbitamente debajo, y á distancia bastante corta, una ciudad inmensa, brillante de mil colores, coronada de porción de cúpulas doradas resplandecientes de luz, mezcla singular de bosques, de lagos, de chozas, de palacios, de iglesias, ciudad á la vez gótica y bizantina, realizando todo lo que de las maravillas de Asia refieren los cuentos orientales. Al par que formaban su circuito monasterios flanqueados de torres, se elevaba en el centro sobre una cumbre una fuerte ciudadela, especie de Capitolio, donde se veían juntamente los templos consagrados á la divinidad y los palacios de los emperadores, donde por encima de almenados muros descollaban cúpulas majestuosas, con el emblema que representa toda la historia y toda la ambición de Rusia, la cruz y debajo y vuelta del revés la media luna. Aquella fortaleza era el Kremlin, antigua morada de los zares.

Exaltándose á la vista de tan mágica perspectiva la imaginación y el sentimiento de la gloria, los soldados exclamaron á una: «¡Moscou, Moscou!» Aquellos que habían quedado á la falda de la colina, se apresuraron á trepar á ella: por un momento se confundieron todas

las filas, y todos quisieron contemplar la gran capital adonde nos había llevado una marcha tan azarosa. No podían hartarse de aquel espectáculo fascinador y propio á despertar los más diversos sentimientos. Napoleón llegó á su turno, y absorto con lo que se presentaba á sus ojos, él que, á semejanza de los más veteranos de su hueste, había visitado también sucesivamente el Cairo, Menfis, el Jordán, Milán, Viena, Madrid y Berlín, no pudo prescindir de una emoción profunda. Llegado á aquella cúspide de su grandeza, tras de la cual iba á rodar con tan veloz paso al abismo, sintió una especie de desvanecimiento, olvidó todas las reconvenções con que su buen seso, única conciencia de los conquistadores, le asaltaba ya hacia dos meses, y todavía creyó por un momento que era grande y maravillosa empresa la suya, que era grande y feliz temeridad justificada por el suceso de haberse atrevido á correr desde París á Esmolensko, y desde Esmolensko á Moscou. Seguro de su gloria, todavía creyó en su ventura, y maravillados sus lugartenientes de igual modo, no acordándose ya de sus frecuentes sinsabores en esta campaña, le volvieron á halagar con aquellas efusiones de la victoria á que no se entregaron al concluir la sangrienta jornada de Borodino. Este instante de satisfacción viva y breve fué uno de los que más le impresionaron en su vida. ¡Ay, que debía ser el postrero!

A Murat se le previno que marchara de prisa con el fin de precaver todo desorden. Por delante fué enviado el general Durosnel para entenderse con las autoridades y atraerlas á las plantas del vencedor, que deseaba recibir sus homenajes y calmar sus recelos. Mr. Dennié fué encargado de ir á preparar viveres y alojamientos para las tropas. Galopando Murat á la cabeza de la caballería ligera, llegó al cabo por entre el arrabal de Drogomilow al puente del Moskowa. Allí encontró una retaguardia rusa en retirada, y preguntó si había algún oficial que supiera francés. Al instante se presentó un joven ruso, que hablaba correctamente nuestro idioma, delante de aquel rey á quien tan bien conocían los pueblos enemigos, y se informó de lo que le quería.

Habiendo expresado Murat deseos de saber quién era el jefe de aquella retaguardia, el joven ruso le señaló un oficial de cabellos blancos, envuelto en una capa de vivaque de largo pelo. Con su habitual donaire alargó Murat la mano al viejo oficial, y éste le estrechó en la suya. Así el odio nacional enmudecía ante la bravura. Murat preguntó al jefe de la retaguardia rusa si le conocía. «Sí, respondió éste por medio de su joven intérprete, harto os he visto entre el fuego para que no os conozca.» Como elogiara Murat la capa de largo pelo, por parecerle que había de ser muy cómoda para el vivaque, se la quitó de los hombros para regalársela al veterano. Admitiéndola Murat tan cortésmente como se le ofrecía, sacó un hermoso reloj y se lo regaló al oficial enemigo, que aceptó el obsequio á la manera que se había aceptado el suyo. Después de estas urbanidades desfiló prontamente la retaguardia rusa para ceder el terreno á nuestra vanguardia. Seguido el rey de Nápoles de su estado mayor y de un destacamento de caballería metióse por las calles de Moscou, cruzó sucesivamente barrios humildes y barrios suntuosos, hileras de casas de madera pegadas unas á otras, y series de palacios magníficos en medio de extensos jardines; por donde-

quiera se echó de ver la soledad más profunda. Parecía que se penetraba en una ciudad muerta, y cuya población hubiera desaparecido de repente. Este primer aspecto, propio á mover á asombro, no recordaba nuestra entrada en Berlín ó en Viena. Sin embargo, aquella soledad podía explicarse por un sentimiento de terror que al principio experimentarían los moradores. De súbito aparecieron algunos individuos como desatinados; franceses eran de las familias extranjeras establecidas en Moscou, y pidiendo en nombre del cielo que se les salvara de los bandidos que señoreaban la ciudad. Se les acogió perfectamente, se procuró disipar su espanto sin fruto, se les hizo guiar hacia el Kremlin, y al dar vista á aquellos viejos muros, sufrió una descarga de fusilería. Eran los bandidos desencadenados sobre Moscou por el feroz patriotismo del conde Rostopchín. Aquellos miserables habían invadido la ciudadela sagrada y apoderándose de los fusiles del arsenal, y disparaban sobre los franceses, que llegaban á turbar su reinado anárquico de algunas horas. Acuchillados fueron muchos y purgado quedó el Kremlin de su presencia. Pero al preguntarles, se supo que toda la población había huído, excepto los extranjeros y algunos rusos mejor enterados de las costumbres de los franceses y que no temían su vista. Esta noticia entristeció á los jefes de nuestra vanguardia, que se habían lisonjeado de ver salir á su encuentro á una población á la cual se complacían en tranquilizar y en llenar de sorpresa y de agradecimiento. Presurosamente se puso algo de orden en los barrios de la ciudad y persiguióse á los facinerosos, creídos en gozar más largo tiempo de la presa que el conde de Rostopchín les había entregado.

Transmitidos á Napoleón estos pormenores, le affigieron bastante. Toda la tarde había esperado las llaves de la ciudad llevadas por una población sumisa, que llegara á implorar su clemencia, pronta siempre á descender sobre los vencidos. Este desengaño, sucediendo á un momento de entusiasmo, fué por decirlo así la aurora de su mala fortuna. No queriendo entrar en aquella vasta capital de noche, habiéndola acabado de evacuar un enemigo implacable, y de quien podía recelar emboscadas, se detuvo en el arrabal de Drogomilow, y sólo envió destacamentos de caballería para ocupar las puertas de la ciudad y ejercer allí su vigilancia. Natural era suponer que aún quedaban en Moscou muchos heridos y rezagados, y sencillo tratar de apoderarse de ellos. Eugenio á la izquierda guardó la puerta que da al camino de San Petersburgo; Davout en el centro la de Esmolensko, por donde llegaba el grueso de nuestra hueste, y se extendió por su derecha hasta la de Toula. A la caballería, que había cruzado la ciudad, le tocó la custodia de las puertas del Norte y del Este, opuestas á aquellas por donde llegábamos nosotros. Pero con la ignorancia de los lugares y la ausencia de los moradores, se dejaron abiertas muchas salidas, y aún se pudieron escapar doce ó quince mil rezagados del ejército ruso, que fueran una buena captura. Sin embargo, quedaron por lo menos quince mil heridos, que recomendaron los rusos á la humanidad francesa. ¡A la humanidad rusa debieron de recomendarlos, pues aquellos infelices iban á perecer á otras manos que las nuestras!

Aquella noche vivaqueó el ejército sin gozar aún de

la abundancia y de las delicias que se prometía. A la otra mañana, que era la del 15 de septiembre, hizo Napoleón su entrada en Moscou á la cabeza de sus invencibles legiones, pero cruzó una ciudad desierta, y por primera vez sus soldados, al entrar en una capital, no tuvieron más que á sí mismos por testigos de su gloria. La impresión que experimentaron fué muy triste. Llevado Napoleón al Kremlin, apresuróse á subir á la elevada torre del gran Iván y á contemplar desde aquella altura su magnífica conquista, que cruzaba lentamente el Moscowa, describiendo allí numerosos contornos. Miles de aves negras, cuervos ó grajos, tan multiplicadas en aquellas regiones como las palomas en Venecia, revoloteando por encima de las iglesias y los palacios, daban á esta gran ciudad un singular aspecto que contrastaba con el lustre de sus brillantes colores. Un melancólico silencio, sólo interrumpido por los pasos de la caballería, había sucedido á la vida de la capital extensa, que era de las más animadas del universo aún el día antes. A pesar de la tristeza de tal soledad, hallando Napoleón abandonada á Moscou como las demás ciudades rusas, tuvo á dicha no encontrarla incendiada y no desesperó de calmar poco á poco los odios que desde Vitebsk estallaban á la vista de nuestras banderas.

Distribuido fué el ejército en los diversos barrios de Moscou, decidiéndose que Eugenio ocupara el del Noroeste, comprendido entre el camino de Esmolensko y de San Petersburgo, lo cual correspondía á la dirección por donde había llegado. Por igual causa debió ocupar Davout la parte de la ciudad que se extendía desde la puerta de Esmolensko á la de Kalouga, esto es, todo el barrio situado al Sudoeste, y el príncipe Poniatowski el situado al Sudoeste. Habiendo cruzado el mariscal Ney á Moscou del Oeste al Este debió establecerse en los barrios comprendidos entre los caminos de Riezán y Wladimir. Naturalmente la guardia fué situada en el Kremlin y sus alrededores. En las casas rebosaban los víveres de todas clases. Con algo de cuidado se pudieran satisfacer ampliamente las primeras necesidades de los soldados. A la puerta de los palacios fueron recibidos los oficiales superiores por numerosos criados de librea, solícitos en ofrecerles una hospitalidad brillante. No previendo los dueños de aquellos palacios que estuviera destinada á perecer Moscou, aunque partícipes del odio nacional, se esmeraron en preparar protectores á sus ricas moradas, recibiendo en ellas á los oficiales franceses. Con vivo sentimiento de placer se establecieron en medio de aquel lujo que debía durar tan poco. Llenos de curiosidad se pasearon por estos palacios donde estaban prodigados todos los refinamientos de la molición, espléndidos salones de baile, teatros particulares tan espaciosos como teatros públicos, bibliotecas llenas de libros franceses, los más licenciosos del siglo décimoctavo, pinturas que respiraban todo el gusto afinado de Watteau y de Boucher, finalmente todas las señales de una licencia, que con la ardiente devoción del pueblo, con la energía salvaje del ejército, formaba un contraste singular, bien que frecuente en las naciones que de pronto han pasado de la barbarie á la civilización, pues lo que los hombres toman con más facilidad de los que les han precedido en el arte de vivir, es el arte de gozar. Podía parecer extraño hallar en todas partes la imitación de Francia, sobre un país con que

estábamos tan violentamente en guerra, y muy poco lisonjero también el vernos especialmente imitados en lo menos plausible. Salidos nuestros oficiales de aquellas brillantes moradas, vagaban no menos curiosos por medio de la ciudad, que parecía un campo tártaro sembrado aquí y allí de palacios italianos. Con sorpresa contemplaban muchas ciudades, situadas concéntricamente unas dentro de otras: primeramente en el mismo centro, sobre una eminencia y á orillas del Moscowa, el Kremlin rodeado de torres antiguas y lleno de iglesias doradas; al pie del Kremlin, y á su amparo en cierto modo, la ciudad vieja, llamada Ciudad China, encerrando el antiguo y el verdadero comercio ruso, el comercio de Oriente; después en torno y envolviendo á ésta, una ciudad vasta, espaciosa, brillante de palacios y llamada la Ciudad Blanca; por último, y abarcando á las tres, la ciudad llamada de Tierra, conjunto de aldeas, de bosquecillos, de edificios nuevos é imponentes y ceñida de un espólon de tierra. Sobre todo, en estas cuatro ciudades, encerradas unas en otras, se veían esparcidos muchos centenares de iglesias coronadas de cúpulas, que figuraban como en Oriente inmensos turbantes, de campanarios con apariencias de minaretes y que revelaban antiguo trato con Persia y Turquía, porque es lo singular que, aún combatiéndose las religiones, se imitan al menos bajo el aspecto del arte. Algunos días antes contenía Moscou una población de trescientas mil almas; de ella apenas quedaba una sexta parte, y los unos escondidos no salían de sus casas, y los otros al pie de los altares los abrazaban fervorosos. Verdaderas soledades eran las calles, donde no se oían más que los pasos de nuestros soldados.

Aunque habíamos llegado á ser dueños sin contraste, y legítimos hasta cierto punto, de una ciudad abandonada, nuestros oficiales y nuestros soldados, sociables siempre, se dolían de ser tan ricos y de no tener habitantes con quienes partir la abundancia que se les cedía. Por lo común, al entrar en una ciudad, les agradaba hallar población á su paso, tranquilizarla, hacerse bienquistos, tomar de sus manos aquello de que podían apoderarse por sí propios, y sorprenderla con su hombría de bien después de haberla espantado con su audacia. Les afligía la soledad de Moscou, aunque equivaliera á una cesión voluntaria de sus tesoros en favor de ellos, y eso que no sospechaban nada, pues habiendo partido el ejército ruso, único que había prendido fuego hasta entonces, no parecía que era de recelar un incendio.

Se esperaba, pues, gozar de Moscou y encontrar allí la paz, y en todo caso buenos cuarteles de invierno, si se prolongaba la guerra. En esto, al día siguiente de la entrada se levantaron algunas columnas de fuego por encima de un edificio vasto, donde se hallaban las bebidas espirituosas, que el gobierno vendía al pueblo de la capital por su cuenta. Corrióse allí sin sorpresa y sin susto, porque se atribuía á la naturaleza de las materias contenidas en aquel edificio, ó á alguna imprudencia cometida por nuestros soldados, la causa de aquel parcial incendio. En efecto, se dominó y hubo motivo para tranquilizarse.

Pero de repente, y casi al mismo tiempo, estalló el fuego con violencia terrible en un conjunto de edificios llamado el Bazar. Situado al Nordeste del Kremlin abrazaba los más ricos almacenes del comercio, donde

se vendían los preciosos tejidos de la India y de Persia, las rarezas de Europa, los géneros coloniales, el azúcar, el café, el te, y por último, los vinos excelentes. General fué el incendio en este bazar á los pocos instantes y para atajarle acudieron en tropel é hicieron los mayores esfuerzos los soldados de la guardia. Por desgracia no pudieron conseguirlo, y en breve fueron presa de las llamas las inmensas riquezas de aquel establecimiento. Estrechados á disputar al fuego y por sí mismos aquellas riquezas, ya sin dueños, y no habiendo podido salvarlas, nuestros soldados trataron de retirar algunos restos de ellas. Se les vió salir del Bazar llevando pieles, sederías, vinos de gran precio, sin que se pensara en culparles de ningún modo, porque no perjudicaban más que al fuego, único dueño de aquellos tesoros. Se podía sentirlo por su disciplina, pero de nada había que acusar á su honra. Además, el pueblo que allí quedaba les daba el ejemplo, y tomaba muy larga parte de aquellos despojos del comercio de Moscou. Hasta entonces sólo un vasto edificio, extremadamente opulento sin duda, pero uno solo, estaba asaltado por las llamas, y por la ciudad nada se temía. Se achacaban á un accidente muy natural y muy común, más explicable todavía en el tumulto de una evacuación, estos primeros fracasos muy limitados hasta el presente.

En la noche del 15 al 16 de septiembre cambió la escena de pronto. Como si á la vez hubieran debido caer todas las desventuras sobre la capital moscovita, el viento del equinoccio sopló con la violencia peculiar de la estación y de los países llanos, donde nada detiene á los huracanes. Soplando al principio este viento del Este, llevó el incendio al Oeste, hacia las calles comprendidas entre los caminos de Twer y de Esmolensko, y conocidas por las más hermosas, por las más ricas de Moscou, las de Twerskaia, de Nikitskaia, de Povorskaia. A las pocas horas, propagadas violentamente las llamas sobre aquellas construcciones de madera, se comunicaron de unas en otras con celeridad formidable, y vióselas invadir los otros barrios del Oeste, lanzándose como flechas de fuego. También se vieron cohetes en el aire, y muy luego fueron cogidos varios miserables que llevaban materias combustibles á la punta de largos palos. Ya presos, interrogóseles con amenaza de muerte y revelaron el arcano espantoso, la orden dada por el conde de Rostopchín de prender fuego á la ciudad de Moscou como á la más simple aldea del camino de Esmolensko.

Esta noticia hizo cundir la consternación entre el ejército en un instante. Después de las prisiones hechas y de las declaraciones tomadas en diversos puntos de la ciudad, ya no era posible la duda. Napoleón dispuso que los cuerpos acantonados en cada barrio formaran comisiones militares, para juzgar de seguida, fusilar y colgar de horcas á los incendiarios cogidos en flagrante delito. También previno que todas las tropas ya entradas en la ciudad se dedicaran á apagar el fuego. Acudióse á las bombas, y no se encontró ninguna. Esta última circunstancia desvaneciera la duda más leve, si alguna quedara todavía, sobre la horrible combinación que entregaba á Moscou á las llamas.

○ A más de la carencia de medios para apagar el incendio, como el viento crecía en intensidad de instante en instante, todos los esfuerzos del ejército fueron va-

nos. Con la rapidez del equinoccio pasó el viento del Este al Noroeste, y cambiando súbitamente de dirección el torrente del incendio, fué á extender sus destrozos adonde la mano de los incendiarios no había llegado todavía. Aquella inmensa columna de llamas, comprimida por el viento sobre los tejados de los edificios, los consumía apenas los tocaba, se aumentaba á cada instante con las conquistas que había hecho, hacía resonar mugidos tremendos, interrumpidos por horribles explosiones, y lanzaba á lo lejos vigas hechas ascuas, que iban á esparcir la calamidad donde aún no se sentía, ó caían como bombas en mitad de las calles. Después de soplar algunas horas del Nordeste, mudando nuevamente el viento y soplando del Sudoeste, llevó el incendio por otras direcciones, como si la naturaleza se complaciera de un modo cruel en desparramar alternativamente la ruina y la muerte sobre aquella ciudad desgraciada, ó más bien sobre nuestro ejército, que sólo era culpable de heroísmo, á menos que la Providencia quisiera castigar sobre él los desordenados designios de que era instrumento involuntario. Bajo este nuevo impulso del Sudoeste, el Kremlin, salvo hasta entonces, vióse de repente en peligro. Cayendo pavesas ardientes sobre las estopas de la artillería, desparramadas por tierra, amenazaban allí con el fuego. En el patio del Kremlin había más de cuatrocientas arcas de municiones, y el arsenal contenía como cien mil libras de pólvora. Inminente era el desastre, y Napoleón podía volar por los aires con su guardia y con el palacio de las zares.

Sabiendo los oficiales que le acompañaban y los soldados de la artillería que su muerte sería la de ellos, le rodearon y le estrecharon con gritos á alejarse de aquel cráter inflamado. De los más amenazantes era el peligro. Aunque acostumbrados los veteranos artilleros de la guardia á cañoneos como el de Borodino, casi perdían su sangre fría. Acercándose á Napoleón el general Lariboisiere, le manifestó la turbación á que daba margen, y con la autoridad de sus años y de su adhesión le expuso que era deber suyo dejar que se salvaran solos, sin aumentar sus apuros con la inquietud que excitaba su presencia. Además varios oficiales, enviados á los barrios adyacentes, referían que el incendio, cada vez más intenso, apenas permitía andar por las calles y respirar en ellas; que era forzoso partir por tanto si no se quería quedar sepultado en las ruinas de aquella ciudad herida de maldición.

Seguido Napoleón de sus lugartenientes abandonó aquel Kremlin cuyo acceso no le pudo estorbar el ejército ruso, pero de donde le expulsaban las llamas á las veinticuatro horas de poseerlo; bajó al muelle del Moscowa; allí encontró preparados sus caballos y tuvo mucha dificultad en atravesar la ciudad, que hacia el Noroeste, por donde se dirigía, ardía toda. A veces el viento, cuya violencia se acrecentaba de continuo, hacía que se doblaran sobre la tierra las columnas de fuego y lanzaba delante torrentes de chispas, de humo y de cenizas sofocantes. Al espectáculo horrible del cielo correspondía el de la tierra, no menos horrible. De Moscou salía el ejército lleno de espanto. Las divisiones del príncipe Eugenio y del mariscal Ney, entradas en la ciudad, se habían replegado sobre los caminos de Zwenigorod y de San Petersburgo; las del mariscal Davout se habían replegado sobre el camino de Esmolensko, y